

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



BOLETIN N°24

DICIEMBRE-2010

PALABRA DE DIOS:

“Hermanos, vosotros habéis sido llamados a ser hombres libres, pero procurad que la libertad no sea un pretexto para dar rienda suelta a las pasiones, antes bien, servíos unos a otros por amor. Porque toda ley se resume en ese precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

(Gál 5,13)

NAVIDAD

Queridos hermanos:

La gracia, el amor y la misericordia del Señor están con todos vosotros.

Queremos compartir con vosotros en este número, acerca del servicio que ha de darse entre nosotros como “PUEBLO DE DIOS”.

Este pueblo no es una comunidad cualquiera, es un grupo humano que ha recibido el don de la fe, que está siempre en camino, motivado por la esperanza en Jesucristo y que busca una promesa (Documento II de Pozuelo de la RCCeE, pág 7 apartado 2.3) que no es otra que alabar y bendecir al Cordero, con los Ángeles y los Santos y gozar con El toda la eternidad “en el mar de cristal”.

Este grupo de hermanos no los hemos elegido, nace del Don; nos encontramos en Jesucristo.

Luego el pueblo del Señor es un don y una gracia, un pueblo santo, que es la puerta de acceso a la santidad de cada individuo, porque “es ahí y solo ahí, en la comunidad donde el Señor se nos revela y donde vivimos, cultivamos, compartimos, confirmamos y hacemos crecer nuestra fe” (Crecimiento de la vida en el Espíritu. P. Chus Villarroel O.P.) y esto lleva consigo un crecimiento espiritual. El servicio es fruto del amor. San Pablo nos dice: “servíos por amor unos a otros” (Gal. 5,13) y San Juan nos afirma “si alguno dice - Amo a Dios - y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve”. (1 Jn. 4,20) Este amor al que nos referimos es el que viene de Jesucristo

porque “El nos amó primero, dando su vida a cambio de la salvación de la humanidad” (Jn.13, 1) y este amor nos lo describe maravillosamente San Pablo en la 1ª Carta de los Corintios 13,1-7.

Es este amor desde Jesucristo, el que nos inunda el alma rebosándola y desde ahí es donde podemos servir a este pueblo.

El Concilio Vaticano II en Gaudium et spes 24, nos dice “El hombre no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo”.

Servir es un don, un privilegio; nadie puede ganárselo, sucede porque el Señor tiene misericordia con su pueblo. Para que esto suceda en nosotros, tenemos que ser humildes, saber cómo somos, conocer nuestras pobreza, nuestras debilidades, todo esto nos lo revelará el Espíritu Santo poco a poco y desde ahí, dejar al Señor que haga su obra de amor en cada uno de los hermanos; seamos hilos conductores del amor del Señor.

Ahora que celebramos la Navidad, recordamos esas palabras que nos dijo Jesús: “El hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mc. 10,45)

Supliquémos al Señor que, por su eterna misericordia, nos conceda el don de decirle “Hágase en mí” como María y entonces, podamos ser “la boca, las manos y los pies de Jesucristo” en cada hermano, no por nuestros méritos sino por Su Gracia.

¡¡¡¡FELIZ NAVIDAD Y AÑO NUEVO!!!!

HACED EXTENSIVA NUESTRA FELICITACIÓN A TODOS
LOS VUESTROS.



ÍNDICE:

* EDITORIAL	1
* FELIZ NAVIDAD por Cristina Cano	2
* HISTORIA DE LA RENOVACIÓN EN ESPAÑA (2ª Parte) por Mª Rosa Vergés ...	3
* ENSEÑANZAS:	
Los ministerios en el grupo de oración por P.Vicente Borragán o.p.....	5
Sobre el ministerio de intercesión por P. Pedro Reyero o.p.†.....	12
* TESTIMONIOS	
Testimonios Encuentro Nacional 2010	16
P. Rubén Inocencio González	17
* NOTICIAS	18
* A TU SERVICIO	19

FELIZ NAVIDAD

Del Benedictus de Zacarías: *“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el Sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la Paz”*. Desde un tiempo acá me entusiasma este trozo del Benedictus, ¡siento tan de verdad cuán entrañable es la misericordia de nuestro Dios al visitarnos!, y pensando en ello y recordando también al padre Córdova cuando decía: *“¿para quién es la palabra de Dios? para mí; ¿para cuándo?, para ahora”*. Y leyendo en el libro de la Sabiduría (18, 14-15): *“Cuando un silencio apacible envolvía todas las cosas, y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente se lanzó desde los cielos, desde el trono real, cual guerrero implacable, sobre la tierra condenada”*. Y escuchando a Jesús en el evangelio *“a cada día su afán”*, ha ido surgiendo todo esto que ahora escribo.

¿Qué es la Navidad? Celebrar que *“por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos ha visitado el Sol que nace de lo alto...”*

¿Quién es la Palabra de Dios para hoy y para mí?, Jesucristo nuestro Señor, Palabra del Padre que *“se lanzó desde los cielos sobre la tierra condenada”*.

Si la Palabra de Dios es para hoy y si la Palabra nace en Navidad, HOY ES NAVIDAD, SIEMPRE ES NAVIDAD.

Hoy nos visita el Sol que nace de lo alto, hoy nos ilumina a los que estamos en tinieblas y en sombra de muerte, hoy guía nuestros pasos por el camino de la Paz. El ser humano solo tiene el hoy, el ayer fue y el mañana, Dios dirá, luego es en el hoy donde el Señor ha visitado y redimido a su pueblo.

Por eso ¿cuál ha de ser mi “afán” hoy?: hacer como “los pastores que supieron que el Niño estaba en Belén, dejaron las ovejitas (y todas las demás cositas) y empezaron a correr” para adorar al Niño con los ángeles, con los peces “que saltan y brincan en el río por ver a Dios nacido” con “los pajaritos cantando y el romero floreciendo” con los Reyes Magos “que han visto su estrella y vienen a adorarlo”, para cantar con los gitanos “ya es Navidad, que alegría de vivir, ha “nacido” el Niño Dios, “vamo” a cantar y reír”. Para sentir con todos los hermanos y con toda la creación: “alegría, alegría y placer, que está noche nace el Niño en el portal de Belén”. (Y es que los villancicos son canciones de lo más carismático y cuando los cantamos nos unimos a la alabanza de las criaturas y nos hacemos niños, como siempre ~~d e b e r í a m o s s e r .~~) Cada día, porque somos temporales, el Señor nace en nuestras vidas, el Señor nos redime y nos salva, cada día es Adviento, Navidad, Pascua y Pascua, cada día, si lo aceptamos, Él nace, vive, muere y resucita por nosotros y en nosotros, cada día el nos envía su Espíritu, sus dones y su Gracia. Él hace esta ingente obra cada día, y nosotros podemos decir seguros: *“ven y descánsate en Dios, tú solo adórale, tú solo adórale”*. Por eso en estas fechas, aunque las circunstancias que nos rodeen puedan ser difíciles, complicadas o tristes, no permitamos que nuestros corazones se turben o teman pues como nos dice San Pedro puede que *“por algún tiempo seáis afligidos por diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro perecedero, que es probado por el fuego se convierta*



en motivo de alabanza de gloria y de honor, en la revelación de Jesucristo” y hoy cada hoy se nos revela Jesucristo.

Por eso aferrémonos a Jesús en la quietud de la noche, a fin de que cuando el día despunte ¡Él pueda sacarnos adelante como oro puro! Por último, dejemos resonar en nuestros corazones uno de los prefacios de Adviento en la Eucaristía: *“El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria, viene AHORA a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la espera dichosa de su Reino”*.

EL SEÑOR VIENE A NUESTRO ENCUENTRO EN CADA HOMBRE Y EN CADA ACONTECIMIENTO.

En un adolescente de humor desigual, un cónyuge desanimado o de carácter difícil, unos padres mayores o enfermos, un vecino solitario que necesita ánimos y consuelo, un familiar que está pasando por la tristeza de la ruptura de su matrimonio... Jesús mismo está esperando encontrarnos en ellos en esta Navidad. Él es el Emmanuel, Dios con nosotros. Cualquier cosa que hagamos por uno de sus corderitos, lo cuenta como hecho por Él. También en cada acontecimiento, por duro y difícil que nos parezca Él sale a nuestro encuentro para guiar nuestros pasos por el camino de la Paz.

Por eso ¡Alegraos, alegrémonos! ¡Feliz Navidad! ¡Feliz cumpleaños del Niño Jesús! ¡Gloria a Dios en el cielo y Paz a los hombres que Dios ama! ¡Cantemos llenos de gozo asombrados de la “entrañable misericordia de nuestro Dios”!



Cristina Cano

Historia de la Renovación en España(2ª parte)

VALLADOLID

Juana Belascoain, Jesuitina llegó a Madrid con un montón de folletos y algunos libros sobre los grupos de oración carismática católica. Conoció al P. Gaudet y sabía que dicho Padre había dado algunos retiros en Tolosa. Estando ya instalada Juana en Valladolid supo que el P. Gaudet iba a Tolosa a dirigir otro retiro, lo llamó para decirle que si podía pasase por Valladolid, a lo que contestó que tenía todos los días ocupados. Inesperadamente algún grupo llamó al P. Gaudet, diciéndole que si se presentaba alguna demanda importante, que ellos de momento podían esperar, así pudo dedicar unos días a Valladolid, Según manifestó el P. Gaudet que había sido algo providencial.

Con las prisas no tuvieron tiempo de correr la voz, para que asistiese el mayor número de personas, pero sin saber como se llenó toda la sala. La exposición que les hizo fue clara y amena, todos quedaron entusiasmados y pidieron que se iniciase el grupo de oración. Le propusieron que empezara Juana pero dijo que no podía dirigir un grupo en una ciudad como Valladolid tan grande. Se intentó con el P. Franco pero éste estaba muy dedicado a los jóvenes, luego con el P. Paco Saíz, pero no funcionó.

Entonces pensaron esperar algún tiempo, así pasó un año soñando con el grupo de oración.

Llegó entonces el P. León Maxfield de Estados Unidos después de pasar el verano en grupos de oración, y de haber tenido una gran experiencia. Empezaron enseguida un grupo en los Jesuitas con un gran número de personas, en un clima de entusiasmo y fraternidad y con profusión de dones.

En vista de todo esto decidieron tener un retiro con el matrimonio Caminero de Barcelona. Siguieron los contactos con Tolosa y Barcelona los cuales fueron varias veces a ayudarles. Con frecuencia se reunían para tener ratos de oración de intercesión.

El grupo veía como el Señor se manifestaba, con sus dones, carismas...

Ya había grupo de la Renovación Carismática en Valladolid.



MANRESA

No sabemos la fecha exacta del nacimiento de este grupo de oración. A finales del verano de 1973 Luisa Fargas venía de hacer unos Ejercicios Espirituales, acudió a Montserrat, invitada para la inauguración de una de las ermitas. Allí se encuentra con el P. Luís Martín, con Enriqueta Caminero y con el P. Jordi Sanabre. De ellos recibe la efusión del Espíritu Santo. De aquella oración, y de las palabras del Magnificat, recuerda las siguientes “Ha mirado la pequeñez de su sierva... el Señor lo hace todo... no tengas miedo, espera. El profeta de nuestro tiempo no es el hombre de palabras, sino el que sabe morir” Después entró en la Basílica en el momento que leían estas palabras del Evangelio: “Si el grano de trigo no muere...”

Poco tiempo después Luisa y una amiga de reunían para hacer un rito de oración. Fueron a Barcelona ya que no les quedaba muy lejos para un retiro de la renovación. Volvieron a Manresa y siguieron haciendo oración, pero sin empezar el grupo. La espera duró hasta el mes de septiembre de 1974. Lamó a Luisa el P. Ramos Negre, jesuita diciéndole que en Barcelona había conocido al matrimonio Caminero y le habían dicho que se pusiera en contacto con ella. Este fue el momento de empezar el grupo de Manresa.

En noviembre del mismo año tuvieron un Retiro en la Cueva de Manresa dirigido por el P. Manel Casanova. Asistieron una 70 personas y como fruto de este retiro empezaron a reunirse todos los lunes en la capilla de la Hermanas Reparadoras. No todos los que empezaron siguieron, pero en todos queda el recuerdo del grupo, cuyas características eran mirar al Señor por las muchas maravillas que hacía en nuestras vidas. No ha sido un grupo de masas, pero si de convicciones profundas. Más adelante sus superiores deciden el traslado del P. Negre y el grupo se queda sin sacerdote.



Por dificultades de la comunidad que les acogía tuvieron de cambiar de lugar, la parroquia de Cristo Rey les cede un local donde reunirse para la oración. Van pidiendo por la llegada de algún sacerdote, y el 28 de Mayo de 1978 Manuel Mata, párroco de la parroquia de San Pedro Apóstol, participa en un retiro que se celebra en el Colegio de "La Salle" dirigido por el P. Manuel Ribas. A partir de entonces se reunirán en la parroquia de San Pedro Apóstol participando Mn Manuel Mata. El grupo se consolida, organizan retiros, en Pentecostés invitan a otros grupos para esta celebración, acuden de distintos lugares, el Señor es grande se manifiesta con fuerza. Empiezan el Seminario de la Vida en el Espíritu, pueblos de los alrededores entusiasmados empiezan otros grupos.

ZARAGOZA

El 26 de mayo de 1974, en la residencia de la MM. Angélicas de Zaragoza, hubo una reunión a nivel nacional del Movimiento Familiar Cristiano a la que asistieron matrimonios de toda España. De Zaragoza estaban presentes Calixto Martínez. Celedonio Ceña y su

esposa, y Maximiliano Calvo. El segundo día de retiro estando presentes el matrimonio Caminero, José Luís y Enriqueta, hablaron durante tres cuartos de hora de su experiencia en Colombia y en México. Ya que ellos habían conocido la Renovación Carismática, en México. Esto era por la mañana, y les dijeron que por la tarde se haría oración y se impondrían las manos a los que quisieran recibir la efusión del Espíritu. Así fue todo: muy breve. Maximiliano pensó que todo era muy importante y no se lo quiso perder. Se acercaron bastantes hermanos a la imposición de manos. Dijeron también que tenían que reunirse para orar.

Esta misma semana pensaron en reunirse, empezaron a llamar a amigos, conocidos, a las personas que habían asistido, al retiro y quedaron un día y a una hora determinada en casa de Maxi y Escarnita. Solamente acudió una señora que colaboraba con ellos en el SOF (matrimonios con problemas). Aquel primer día la señora quedó impactada, pero por problemas con su marido lo tuvo que dejar, o sea que quedaron el matrimonio solo.

Maxi y Encarnita llamaron a otras personas que pudieran estar interesadas. Pasó el verano y en el mes de septiembre se tuvo un retiro. A partir de este retiro Maxi

comenzó la experiencia del Espíritu Santo. Empezó a leer los "Hechos de los Apóstoles" todo sobre carismas... todo era novedad, empezó a descubrir nuevos horizontes.

El primer retiro tuvo lugar en la Quinta Julieta el 28 de septiembre de 1974. Fueron algunos hermanos de Barcelona y Tolosa, entre ellos el matrimonio Caminero y el P. Manel Casanova. Fue un retiro como ningún otro, en cuanto a la manifestación clara de la presencia del Señor.

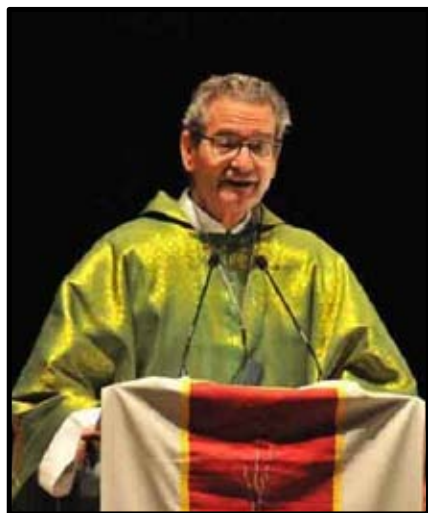
El grupo se desplaza a Barcelona para asistir al primer encuentro nacional que tuvo lugar en el Tibidabo, un lugar precioso, se reúnen un centenar de personas. Allí Maxi y Encarnita conocen al P. Carter i lo invitan a dar un retiro en Zaragoza, fue a este retiro en enero de 1975, entonces se empezó a tener experiencia de los carismas: profecía, interpretación de lenguas...

En mayo de 1975, del 1 al 4, hubo en Aguarón (Zaragoza) una reunión a nivel nacional de los líderes de los grupos que había entonces en España. Fue un retiro muy importante e intenso, hubo también muchas dificultades.

Así comenzó a vivir la Renovación en Zaragoza y a formalizarse la vida de los grupos, para ir echando raíces. El grupo no creció demasiado pero afirman que las raíces existentes antes no estaban.

M^a Rosa Vergés





LOS MINISTERIOS EN EL GRUPO DE ORACIÓN

**P. Vicente Borragán Mata
O.P.**

(Enseñanza en Maranatha
Madrid , 9-10-2010)

Me gustaría comenzar este encuentro, recordando las palabras que san Pablo dirigió a los fieles de Corinto: “Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común” (1Cor 12, 4-7). De esa diversidad de ministerios es de lo que vamos a tratar. Para eso nos hemos reunido: para que el Señor nos ilumine y nos haga ver cuál es nuestra misión y cuál es el servicio al que nos llama en el seno de este precioso grupo que es Maranatha, para que crezca y camine siempre por sus caminos.

Muchos de nosotros llevamos ya varios años caminando juntos, y en él hemos encontrado de una manera muy especial al Señor, en él hemos crecido, en él hemos compartido cientos de horas de oración, de enseñanza y de experiencias; en él hemos recibido más vida de la que

jamás hubiéramos podido imaginar. ¿Qué hubiera sido de nosotros si no nos hubiéramos visto arrollados por este tsunami de gracias que el Señor ha derramado a manos llenas? [1] Casi todo nos diferencia y nos divide: la edad, la formación, la profesión, la posición social. Pero, por encima de todo, hay algo que nos atrae como un imán poderoso. Es el Señor el que nos ha convocado y reunido. Sólo por él estamos juntos. Sólo él ocupa el centro de nuestro grupo. En él no hay nada ni nadie que pueda hacerle la competencia ni robarle la gloria que le es debida.

Somos un grupo dentro de la Iglesia y sólo podemos entendernos por referencia a ella. Por eso, me gustaría encuadrar el tema de los ministerios dentro de la gran corriente que es la Iglesia universal.

1. La Iglesia de los primeros siglos.

La palabra Iglesia ha llegado hasta nosotros a través del griego y del latín. Pero, ¿qué significa exactamente esa palabra? El verbo griego enkaleo significa llamar, reunir, convocar, juntar. Por tanto, la iglesia (la ekklesía) es la reunión, la congregación, la asamblea, la comunidad. Pero, en nuestro caso, no se trata de una asamblea profana para decidir asuntos que afectan a la vida de un pueblo, sino de una comunidad reunida en torno al Resucitado. Por tanto, todo debe girar en torno a él. Sólo él es el Señor de ese pueblo o de esa congregación.

Las primeras comunidades cristinas fueron naciendo entre grandes alegrías y no pequeñas dificultades. El cristianismo no gozó del apoyo de las armas ni de las legiones romanas, sino que se esparció “como una peste”, por la fuerza de la palabra y el poder del Espíritu. ¡Cuántas magníficas experiencias debieron vivir los

primeros convertidos para poder aceptar y abrazar como Señor y Salvador a un hombre muerto como un vulgar esclavo del imperio romano, colgado en una cruz! Los judíos tuvieron que romper con la ley y con el templo, con el culto y con las tradiciones que tanto amaban; los paganos con sus dioses, con sus familias y con sus costumbres. Durante los primeros siglos, la casa fue el lugar de encuentro de los fieles cristianos: en ella se reunían, en ella oraban, en ella celebraban la fracción del pan, en ella recibían la enseñanza, en ella se juntaban hombres y mujeres, esclavos y libres, en ella todos eran iguales, todos estaban hermanados: eran los fieles, los santos, los elegidos, los de Cristo. No estaban unidos por lazos jurídicos, sino por lazos de amor. Ningún escritor eclesiástico de la antigüedad ha dejado de señalar la belleza de la vida cristiana y el atractivo que producía hacia el exterior. Pero la llegada al poder del emperador romano Constantino, hijo de santa Elena, supuso el fin de esa Iglesia doméstica. Desde san Agustín se ha hablado de diez persecuciones del estado romano contra ella. ¿Cuántos derramaron su sangre por la confesión de Jesús como Señor? Pero a partir del edicto de Milán del año 323 de nuestra era, la Iglesia de las catacumbas pudo respirar, finalmente, el aire libre. Y, de repente, pasamos de una Iglesia perseguida a una Iglesia poderosa, protegida y mimada por los emperadores. ¿Quién lo hubiera podido imaginar? Grandes masas se convirtieron al cristianismo, sin apenas ninguna preparación. Cambiaron de religión, pero no de costumbres, porque siguieron siendo prácticamente paganos. Los santos padres trataron por todos los medios de potenciar el catecumenado con objeto de que todos conocieran bien la fe que profesaban. Pero, poco a poco, el

cristianismo perdió su garra. Los fieles cristianos practicaban ritos, pero su corazón se fue alejando del Señor. Los obispos fueron considerados como los gobernadores de provincia, la jerarquía asumió todo el protagonismo y la Iglesia se fue convirtiendo en una sociedad dentro de las sociedades del mundo. El clero fue puesto tres peldaños por encima de los simples fieles y así la Iglesia quedó como fragmentada en dos grandes grupos: el clero y el pueblo, la jerarquía y los fieles. Por una parte, el clero, los religiosos, los fuertes, que ponían en práctica, no sólo los mandamientos del Señor, sino también sus consejos; no sólo lo mandado, sino también lo aconsejado; por otra los débiles, los imperfectos, los que tenían que conformarse sólo con lo mandado. Así se los condenó, por decirlo de alguna manera, a vivir un cristianismo de mínimos, en una mendicidad casi absoluta, sin ninguna aspiración. ¿Cómo fue posible esa distinción? ¿Cómo la hemos mantenido prácticamente hasta nuestros días? La Iglesia fue, durante siglos enteros, como una sociedad de desiguales: el clero por una parte, los fieles por la otra, y una sociedad perfecta, con su jerarquía, sus leyes, sus medios, sus fines. La Iglesia fue convertida en una pirámide, en cuya cúspide estaba la jerarquía y en cuya base estaba el pueblo. La jerarquía para mandar, el pueblo para obedecer. Todo esto está demasiado esquematizado, pero esa fue la realidad.

2. El concilio Vaticano II.

En los días anteriores al concilio Vaticano II la Iglesia vivía encerrada sobre sí misma, sin fuerza ni pasión, condenando todo lo nuevo que aparecía. Pero el concilio fue un derroche de gracias por parte del Señor. El cambio que se produjo en la concepción de la Iglesia fue asombroso. Apenas lo podemos

imaginar. Por voluntad de Juan XXIII, el concilio quiso ser desde el principio “un concilio pastoral y de reconciliación con el mundo, un concilio de desarme y apertura, donde no hubiera condenas de ninguna clase”. Y en él quedó enterrado para siempre el antiguo bastión eclesiástico. Así pasamos, por obra del Espíritu Santo, de una Iglesia clerical a una Iglesia pueblo de Dios, de una Iglesia poderosa a una Iglesia servicial. Los padres conciliares recuperaron las imágenes de la Iglesia como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu, esposa del Señor, su viña amada... La concepción de la Iglesia como una sociedad perfecta y como sociedad de desiguales desapareció para siempre. La jerarquía fue puesta al servicio del pueblo de Dios. Si hasta ese momento la Iglesia había sido considerada como una realidad esencialmente jerárquica y sólo accidentalmente carismática, los padres conciliares nos hicieron contemplar a la Iglesia como una realidad de gracia por encima de todo. La Iglesia es gracia antes que jerarquía. No es el pueblo el que está al servicio de la jerarquía, sino la jerarquía al servicio del pueblo. Eso es algo que jamás podremos olvidar.

Pero ese pueblo de Dios necesita ser pastoreado, confortado y orientado en todo momento. Por consiguiente, todos los ministerios están al servicio de él. Los ministros son siempre personajes de segundo orden. Cuanto menos importancia asuman tanto mejor. Están ahí para servir al pueblo de Dios en todas sus necesidades.

3. Al servicio del pueblo de Dios.

Nosotros formamos un pequeño grupo dentro de la gran Iglesia. Pero un grupo que tiene muchas necesidades y que, por tanto, necesita de hombres y mujeres

que estén a su servicio, confortándolo y orientándolo en todo momento. En griego la palabra ministro, de donde se derivan el término ministerios, no tenía una resonancia tan grande como entre nosotros, sino todo lo contrario. Cuando hablamos de ministros siempre pensamos en los que dirigen a un pueblo o una nación, los que ocupan los puestos de mando en la sociedad. Pero, en sus orígenes, el término griego *ypertes* era utilizado para designar a los remeros de una galera en contraposición a los soldados. Con ese mismo término se designaba también a los que estaban al servicio de otro, a los que hacían algún servicio a requerimiento o petición de otro, es decir, a un subordinado, en oposición al señor (*despotes*). Por consiguiente, no deberíamos recubrir esa palabra de títulos de gloria que no se corresponden con ella.

Un grupo como el nuestro necesita de remeros que estén a su servicio, pero de remeros muy especiales. En él nadie puede dar un paso adelante, si no es llamado por el Señor. Nuestros grupos no se mueven a nivel de la buena voluntad, sino a nivel de dones y de gracia. Por eso, se trata de remeros que tengan una gracia especial del Señor para hacer un servicio particular a favor del grupo.

4. Los diversos ministerios de un grupo.

En este encuentro no vamos a abordar el tema de los Servidores del grupo, que tiene su lugar y su momento especial. Pero, como todo está íntimamente unido, me parece conveniente hacer una reflexión que incluya todos los ministerios.

Cuando san Pablo hablaba de los responsables de las comunidades cristianas utilizó varias palabras para designarlos: “El que preside, que lo haga con

solicitud” (Rom 12,8). “Os pedimos, hermanos, que tengáis en consideración a los que trabajan entre vosotros, os presiden en el Señor y os amonestan” (1Tes 5,12). “Y así los puso en la Iglesia, primeramente como apóstoles, en segundo lugar como profetas..., luego el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno (kybérnesis)... (1Cor 12,28). El término kybérnesis designa literalmente el gobierno de una nave por medio del timón. Por tanto, los que están al frente de la Iglesia, de una comunidad o de un grupo, son como un piloto o un capitán. Pero san Pablo utilizó otros términos para designar a los responsables de la Iglesia: son los prohistámenoi (del verbo prohistemi, que significa poner delante, presentar, administrar, preocuparse por alguien), y los nouthetountes (del verbo noutheteo, que significa prestar atención a algo, y de ahí pasó a significar corregir y amonestar). Por tanto, los que están al frente de la Iglesia o de una comunidad, los que gobiernan, los que presiden son un grupo de hombres elegidos por el Señor para guiarla y exhortarla, corregirla y orientarla en todo momento. Pero, al mismo tiempo, jamás deberían olvidar que gobernar y dirigir una comunidad es, ante todo y sobre todo, servirla y afanarse por ella, y que no están ahí para mandar y para imponer su voluntad, sino para vivir a los pies de los hermanos en la fe. Ningún otro carisma está expuesto a tantos peligros como este, ya que puede ser confundido fácilmente con la propia voluntad de mando. Los que están al frente de la comunidad tienen que estar siempre dispuestos al servicio. No han sido constituidos en autoridad para hacer su voluntad o imponerla a los demás, sino para servir a los demás y desvivirse por ellos. Sólo desde esa comprensión del

carisma como una vocación o una llamada al servicio podemos considerar ahora los diversos ministerios que necesita cada grupo y, en concreto, un grupo grande como es el nuestro. Ahora es el momento de ponernos en presencia del Señor, de abrirnos a su gracia, y de pedirle que nos manifieste en qué ministerio desea él que hagamos nuestro servicio. Muchos de vosotros lleváis ya años en el grupo y conocéis tan bien como yo cuántos y cuáles son los ministerios que han funcionado durante los últimos años. Los menciono de corrida, antes de comenzar a hacer una reflexión en torno a cada uno de ellos: acogida, megafonía, documentación Web, liturgia, librería, música, diaconía, enfermos, intercesión, adoración... Para hacer frente a tantos ministerios necesitamos muchos remeros, varios por cada ministerio, que estén dispuestos, con la gracia del Señor, a servir al grupo en todas sus necesidades.

4.1 Ministerio de acogida

Se diría que es el primer ministerio del grupo, “el primero en dar la cara” cuando uno se acerca a él. La primera imagen del grupo la ofrecen los miembros del ministerio de acogida. Muchos jamás podrán olvidar el momento en el que llegaron por primera vez y fueron acogidos con un beso, con una sonrisa, con un abrazo, con una palabra cariñosa o con un gesto de bienvenida. Todos hemos sido testigos de ese hecho o hemos oído testimonios en ese sentido. Pero la gracia de la acogida no se limita a los que llegan por primera vez, si no que abraza a todos los que forman parte del grupo. También para ellos una palabra, una sonrisa, abrazo o un beso pueden iluminar un día de cansancio, de malestar o de sinsabores... Al ministerio de acogida corresponde también preparar la

sala donde se va a celebrar la oración: colocar las sillas de una manera ordenada, en torno a un círculo, donde todos puedan verse y oírse, de tal manera que a medida que vayan llegando los hermanos puedan ocupar sus puestos de una manera tranquila y sosegada. Si la acogida debe ser calurosa, la disposición de la sala debe ser armoniosa para que todos se sientan a gusto y la oración pueda comenzar de la manera más natural. Si la preparación de la sala es sólo algo externo, que puede influir notablemente en la calidad misma de la alabanza, la acogida es algo mucho más personal e íntimo. El ministerio de acogida necesita de hombres y mujeres con la gracia del Señor y con ese calor humano que contagie a todos para que se encuentren bien en el grupo desde el primer momento. Se trata, por tanto, de un ministerio sencillo, pero muy importante. ¿Quién siente la gracia de la acogida en su corazón? ¿Quién se siente llamado a acoger a todos los hermanos? ¿Quién se siente llamado a remar en este ministerio?

4.2 Ministerio de megafonía

Los grupos reducidos tienen menos necesidad de este ministerio que los grupos más grandes, por dos razones: porque la sala en la que se reúnen es pequeña y, porque con frecuencia, no tienen enseñanza alguna para grabar. Se trata de un servicio humilde y sencillo, al menos en apariencia. Bastaría preparar los micrófonos y adaptarlos a la voz de los que dirigen la oración, cantan, enseñan, predicán o dan testimonio en el grupo. Pero la realidad llega mucho más allá de las apariencias. Porque está en juego la proclamación, la escucha y la acogida de la palabra de Dios. En todo grupo humano un poco numeroso hay un porcentaje, más alto del que

podemos imaginar, de hombres y mujeres que no oyen bien. Es un dato que no se puede olvidar nunca jamás. Recuerdo que en la primera clase de oratoria que recibí, cuando tenía 19 años, el profesor nos dijo que la primera regla que debe tener en cuenta el que predica es hablar de tal manera que todos, hasta los que ocupan el último banco, puedan oírle, porque allí pueden estar precisamente los que más necesitados están de la palabra que va a proclamar. La misma regla podría ser aplicada al servicio de megafonía: la palabra que se proclama tiene que llegar a todos de una manera clara e inteligible. Para ello, el grupo debería disponer de los aparatos más adecuados. Todos los que nos hemos dedicado a la predicación tenemos experiencia de que en alguna o en muchas ocasiones nuestra palabra no ha llegado a los oyentes por algún defecto en el manejo de la megafonía en el salón o en la Iglesia. Hubiera sido preferible el silencio a la palabra. Se trata de evitar, a todo trance que, por el mal uso de la megafonía, la palabra caiga en el vacío y se pierda para siempre. Pero, en nuestro grupo, el ministerio de megafonía tiene otra misión delicada que realizar: la grabación de la palabra que se proclama. No hay nada más desagradable que oír una grabación defectuosa, llena de ruidos y de altibajos en la voz, donde se pierden más energías en tratar de entender lo que dice el que habla que en grabar en el corazón lo que dice. Esa es la misión de este ministerio en el grupo. La palabra que se proclama en vivo debe ser oída perfectamente por todos, la que se graba debería ser escuchada claramente por todos aquellos a quienes, en un momento u otro, está destinada a llegar. Si alguna palabra merece todo el respeto es esa palabra que nos llega desde el Absoluto y nos alcanza en nuestra vida de

cada día.

¿Quién se siente llamado por el Señor para hacer este servicio al grupo? ¿Quién se siente llamado a remar en este ministerio?

4.3 Ministerio de documentación WEB

El ministerio de megafonía tiene una cierta prolongación en el ministerio de documentación WEB. Nuestro grupo tiene esa posibilidad y la está ejerciendo con generosidad. Internet es hoy una ventana abierta al mundo entero, el foro universal, donde se da cita todo el saber, la radio universal, la televisión universal, la biblioteca universal. Ahí tenemos que estar también nosotros. Porque sólo se lee lo que se escribe y sólo se oye lo que se predica o enseña. Si nuestra fe debe ser contagiosa, ahí tenemos un medio universal para exponerla y testimoniarla. Nosotros no entramos en competencia con nadie a nivel de ideas, sino a nivel de nuestra fe en el Resucitado, que ha vencido a la muerte. Ahí es donde nadie puede hacernos la competencia. Por eso, los que forman parte de este ministerio deberían hacer lo posible para que todo lo que entre en ese foro mundial tenga la calidad de lo testimonial, de lo que pueda aportar vida. No sabemos ni dónde ni a quién puede llegar lo que vertimos en ese medio de propaganda universal, pero las posibilidades son casi infinitas. Una predicación, una enseñanza, un pequeño artículo de nuestro Boletín, por ejemplo, pueden llegar a miles de personas y llevar una palabra de vida a aquellos que andan buscándola. ¿Quién se siente llamado por el Señor a hacer este servicio, que no sólo afecta al grupo, sino que abraza al mundo entero?

4.4 Ministerio de diaconía

También parece un ministerio muy humilde y sin mucha proyección. Pero es un

ministerio precioso. La palabra diaconía procede del griego diakonein, que significa servir; un diácono es un servidor, un siervo, el que hace un servicio. Servir era, en la antigüedad, la tarea del esclavo, de un trabajador por cuenta ajena, de alguien que no gozaba de libertad ni de autonomía. Entre nosotros, el ministerio de diaconía es un servicio a los más necesitados del grupo. Si en todo grupo hay alguien que no oye bien, también hay siempre algunos hermanos que padecen algún tipo de necesidad económica, bien sea coyuntural, es decir, en algún momento concreto de su vida, por enfermedad o pérdida de trabajo, o habitual, es decir, que esos **h e r m a n o s** **v i v e n** permanentemente en un estado de carencia y de necesidad. Pero en todo grupo también hay algunos que disfrutan de una posición desahogada. Se diría, por tanto, que habría que establecer un cierto equilibrio entre los que tienen de todo o de casi todo y los que no tienen de nada o de casi nada. Tal vez tendríamos que volver los ojos a la primera comunidad cristiana de la que se dice que “lo tenían todo en común” y “que no había indigentes entre ellos”. No los había y no podía haberlos, porque la fe en el Señor producía el milagro de que los bienes de uno estuvieran a disposición de los demás. Una de las características más impresionantes de aquella comunidad fue la asiduidad o perseverancia en compartir fe, vida y bienes. ¿Cómo podría ser de otra manera? San Juan nos lo grabó en el alma: ¿Cómo podemos decir que amamos a Dios si no amamos a los hermanos? ¿Y cómo podemos decir que amamos a los hermanos si nos los ayudamos cuando vemos que padecen **n e c e s i d a d**? ¿Podemos considerarlos como hermanos si los dejamos tirados en sus

necesidades? En los primeros días del cristianismo los diáconos eran considerados como “los ojos, las manos y los pies” de los obispos. Ellos sabían quiénes eran los hermanos que padecían necesidad y entre ellos distribuían lo que se recogía en la colecta de la eucaristía, más otros dones que recibían de los hermanos más ricos. Ellos eran como los “limosneros” de la comunidad. También nuestro grupo, bastante numeroso, necesita de “ojos, pies y manos” que vean las necesidades de los hermanos que viven a nuestro lado y que nos hagan conscientes de ellas. ¿Quién siente la gracia de esta llamada? ¿Quién siente en su corazón la llamada de los más pobres?

4.5 Ministerio de librería

Nada más fácil y sencillo que poner unos libros sobre la mesa, venderlos, cobrarlos y retirarlos una vez que la asamblea de oración ha terminado. Pero el ministerio de librería llega mucho más allá. No sé cómo expresarme en estos momentos. Pero tengo la impresión de que una de las asignaturas pendientes de la Renovación carismática es la falta de formación. Es verdad que no es propia de la Renovación, sino de todo el cristianismo. Pío XI dijo que la gran mancha de las naciones católicas era la ignorancia religiosa en todos sus aspectos. Porque de la ignorancia se pasa rápidamente a la irreligiosidad, y de la irreligiosidad al ateísmo no hay más que un paso. Y muchos, muchísimos de los fieles cristianos, ya lo han dado. Hemos creado gigantes en todas las ramas del saber humano, pero nos hemos quedado enanos en el conocimiento de las cosas que se refieren al Señor. No sé si se puede atribuir a alguien la responsabilidad de la formación. No sé quiénes deberían asumirla. No sé si alguna vez hemos

pensado en la seriedad de este empeño. Para mí, que he dedicado mi vida entera al servicio de la palabra, enseñada, predicada y escrita, es un motivo de una gran preocupación. Muchos grupos no tienen enseñanza, con lo cual la formación cristiana sigue casi igual que cuando entraron a formar parte de algún grupo de la Renovación. Es verdad que en los grupos donde hay enseñanza esa falta de formación está paliada en cierta manera y que la misma oración es ya, en tantas ocasiones, una verdadera enseñanza. Pero sólo en cierta manera, porque la ignorancia religiosa sigue siendo todavía muy grande. La primera comunidad cristiana se caracterizaba también por la asiduidad o perseverancia en la escucha y acogida de la palabra. Cada día aquellos buenos fieles se ponían a los pies de los discípulos de Jesús. Tenían ansias de saber y de conocer todo lo referente a él: “Vosotros que le visteis y vivisteis con él, contadnos cómo era, cómo fue su vida, su pasión, su muerte, su resurrección, contadnoslo todo, decidnos cómo hemos de vivir para agradarle en todo momento...” La verdad es que nadie puede amar lo que no conoce. Puede haber conocimiento sin amor, pero no amor sin conocimiento. La primera comunidad cristiana quería conocerle más y más para amarle más y más. Eso es lo que, de una manera u otra, alguien tiene que grabar en el corazón de todos los que frecuentamos los grupos de oración. Es verdad que el conocimiento experimental que muchos hermanos tienen del Señor es mucho más importante que todos los conocimientos que podamos adquirir por otro camino. Eso es verdad. Pero el fuego inicial tiende a apagarse si no es alimentado continuamente. La necesidad de formación hay que acentuarla sin cesar. No

puede ser una tarea accidental de los grupos. Alguien tiene que asumir esa responsabilidad. El ministerio de librería puede paliar en cierta manera esa deficiencia que yo noto en la Renovación. Nuestro grupo posee una buena librería y hermanos que escriben. Pero, ¿llegan sus escritos a todos? ¿Cuántos se benefician de ellos? El ministerio de librería debería estar integrado por hermanos bien formados, que hayan leído mucho y que sepan aconsejar y orientar a todos en la elección del libro o de los libros más adecuados para cada uno de los momentos de su vida. Pero, tal vez, debería ser el Equipo de servidores el que asumiera esa responsabilidad. La formación de los hermanos debería ocupar un lugar importante en sus preferencias. Sería bueno que, de cuando en cuando, dieran un toque de atención al grupo en este sentido.

¿Quién siente la gracia de encaminar a los hermanos hacia su formación en las cosas del Señor? ¿Quién se siente llamado a tirar de este remo?

4.6 El ministerio de música

Se trata de un ministerio lleno de gracia. Los que forman o han formado parte de él saben muy bien que no basta con saber tocar un poco la guitarra o con tener una voz medianamente buena. Porque se trata sólo de cantar o de hacer cantar al grupo, sino de cantar y de hacerlo cantar para el Señor. Recuerdo que, cuando grabé una casete con canciones sobre el Espíritu Santo, me dirigí al solista del grupo, y le dije: “¿Me permites que te diga una cosa? Canta como si estuvieras delante de Dios”. De eso se trata verdaderamente: de cantar para Dios, de cantar como si estuviéramos en su presencia. Para eso es necesario un grupo ungido por el Señor, que tenga la gracia de cantar y de hacer cantar. El ministerio de música

juega un papel muy importante en la asamblea de oración. Que la alabanza del grupo sea débil o poderosa depende en buena parte de ese ministerio. No es lo mismo una canción que otra. No vale cualquier canción para cualquier momento. Ellos deben tener la gracia de elegir la canción que eleve la alabanza si está lánguida, es decir, que levante el ánimo de los que están fríos o cansados, y de mantenerla poderosa en todo momento. ¿Quién siente la llamada del Señor a este ministerio? ¿Quién siente la gracia de animar al grupo a través de la canción? ¿Quién quiere remar en esa dirección?

4.7 Ministerio de liturgia.

La palabra liturgia procede del griego leitourgeo, con el cual se indicaba el servicio prestado por un ciudadano a la causa del pueblo, es decir, al bien común de todos. Para nosotros significa un servicio sagrado hecho en honor del Señor. Este ministerio, por tanto, entra en contacto con lo específicamente sagrado, con lo que está en relación con el Dios tres veces santo, que está ahí, revoloteando sobre ese altar donde Jesús se va a hacer maravillosamente presente en medio de los suyos.

Aparentemente se trata sólo de preparar todas las cosas para la celebración de la eucaristía: mantel, misal, leccionarios, formas, cáliz, patena, corporal, purificador, vinajeras, velas, albas, estolas, cíngulos... Pero, además, tiene la responsabilidad de elegir a los lectores que han de proclamar la palabra de Dios. En la Iglesia cristiana primitiva hubo un ministerio especial de "lectores", que aseguraban la dignidad en la proclamación de la palabra. Es evidente que no todos valemos para todo. El ministerio de liturgia debe asignar lectores que no sólo lean la palabra, sino que la proclamen, que no sólo sepan leer bien, sino que lo hagan con

unción, es decir, que tengan la gracia de proclamar la palabra de Dios.

En la Renovación carismática no hemos desarrollado una liturgia especial, como ha sucedido en otros grupos y movimientos. Todo ha sido siempre muy sencillo entre nosotros. Pero, de todas las maneras, todo debería estar preparado con mucho esmero para la celebración de la eucaristía, todo aseado y limpio, cada cosa en su lugar, el misal y las lecturas preparadas, los lectores señalados. Se trata de un servicio a Dios.

Me gustaría que los miembros de este ministerio aprendieran a manejar con agilidad los misales y los leccionarios y a familiarizarse bien con los tres ciclos de lecturas que la Iglesia nos propone. Deberían tener siempre a su alcance y disposición un calendario litúrgico que les orientara en todo momento. ¿Quién siente la gracia para hacer este servicio sagrado en honor del Señor?

4.8 Ministerio de enfermos

Se trata de un ministerio precioso. La salud y la enfermedad son como la cara y la cruz de la vida del hombre. La enfermedad nos asalta cuando menos lo esperamos. Cada uno la vive a su manera, bien en la paz del alma o bien con una rebeldía interior muy difícil de ahogar; unas veces con sosiego, otras con un gran desasosiego interior. A veces la enfermedad es algo ocasional y pasajero, pero cuando llega esa enfermedad que amenaza con poner punto final a nuestra vida, entonces puede abatirse sobre nosotros la angustia o la depresión. Nuestro grupo es grande y siempre tendremos algunos enfermos. En los más de treinta años que algunos de nosotros llevamos juntos hemos conocido enfermedades muy largas y dolorosas y hemos visto morir a muchos hermanos.

Cuando llega ese inquilino inoportuno e indeseable, que rompe el ritmo normal de nuestra vida, entonces es cuando todos necesitamos de alguien que esté a nuestro lado, que nos anime y conforte, con quien podamos compartir, que nos aporte una sonrisa, un beso, una palabra de ánimo y que nos ayude a llevar esa amargura que produce la enfermedad. "Estuve enfermo y me visitasteis". Allí, en cada cama o en cada silla de ruedas, está el Señor esperando una visita. Por eso en cada grupo debería haber algunos hermanos con la gracia para confortar, consolar y acompañar a los enfermos.

¿Quién se siente llamado por el Señor a ese ministerio? ¿Quién se siente ungido con entrañas de misericordia hacia los enfermos?

4.9 Ministerio de intercesión

Es, tal vez, el ministerio más delicado de todos. Los que han formado parte de él en algún momento lo saben muy bien. Interceder es ponerse en medio de dos partes, hacer como de puente entre dos orillas, en nuestro caso, entre Dios y el hombre, entre el Dios que todo lo tiene y el hombre que todo lo necesita, entre el Dios del amor y de la vida y el hombre dolorido y atormentado en muchas ocasiones. El intercesor hace las veces de un intermediario: va de una parte a la otra, del hombre a Dios, de Dios al hombre. En esos momentos, deja de mirarse a sí mismo para poner sus ojos en Dios y en los hermanos necesitados. Utilizando expresiones bíblicas, es el hombre que se pone en la brecha, que entra en un cuerpo a cuerpo con Dios, que lucha contra Dios con las armas que él mismo le ha concedido, para conseguir su perdón y su amor, su gracia y su vida a favor de los hermanos necesitados. En todos los grupos, sobre todo si son numerosos, hay hermanos

doloridos y atormentados por muchos problemas. Necesitan de alguien que se ponga en la brecha a favor de ellos, es decir, que se conviertan en mediadores de su causa ante Dios. Para ellos está este ministerio de intercesión, un ministerio que requiere la máxima discreción. La intercesión requiere hombres y mujeres con entrañas de misericordia y con una finura espiritual y humana muy elevada.

¿Quién se siente llamado a ponerse en la brecha a favor de los hermanos angustiados y doloridos? ¿Quién se siente con la gracia de unas entrañas misericordiosas?

4.10 Ministerio de adoración.

En verdad que se trata de un ministerio muy especial. Se diría que está formado “por los más inútiles”, por los que parece que no aportan nada al grupo: ni acogen, ni graban la palabra, ni cantan, ni ayudan a los pobres, ni visitan enfermos, ni interceden, sólo callan y adoran. Adorar es perderse, abismarse o anonadarse en Dios. La adoración es “el éxtasis de amor

producido por la grandeza y por la belleza del ser amado”. Se acabaron las palabras. Todo es para Dios, todo es puesto a sus pies. Ese tiempo del que nos sentimos tan avaros se lo dedicamos a él, para reconocer sencillamente que él es el Señor de todo; ese tiempo del que nos gustaría disponer a nuestro gusto, lo derramamos ante él; ese tiempo que nunca volverá lo ponemos en las manos del Eterno.

En todos los grupos debería haber algunos hermanos que asumieran esta preciosa misión de adorar en nombre de todos, de poner al grupo entero a los pies del Señor, de darle una pausa o un momento de respiro en su vida. Son los remeros que llevan al grupo a estar un rato de total tranquilidad ante el Señor. ¿Quién siente la gracia del Señor para perder su tiempo ante él? ¿Quién se siente llamado a coger este remo?

En cada momento puede surgir una nueva necesidad en los grupos. Pero los ministerios que hemos visto recubren casi por completo todas esas necesidades. Se podría y se debería profundizar más en cada uno de

esos ministerios, pero es imposible hacerlo en el espacio de una enseñanza.

Pero, para finalizar, me gustaría poner en evidencia que todos esos ministerios son un servicio y que, por tanto, la llamada a servir os pone en una situación de siervos y de subalternos del grupo. Ya no podéis disponer libremente de vuestro tiempo ni gozáis de entera libertad, sino que tenéis que estar ahí siempre, a disposición de los hermanos. El ministerio al que habéis sido llamados requiere vuestra dedicación en todo momento, es una llamada constante a la fidelidad. Todos los ministerios están en función del grupo, todos tenéis que remar en la misma dirección y al mismo compás, todos tenéis que colaborar para evitar que el grupo se instale en la rutina y en la costumbre y llevarle en todo momento por los caminos del Señor.

Que el Señor os conceda la gracia de discernir claramente cuál es vuestro puesto y misión dentro del grupo.

Vicente Borragán Mata





Sobre el ministerio de Intercesión

P. Pedro Reyero O.P. †
(Enseñanza en Maranatha
Madrid, 24-11-1996)

Si leemos el capítulo ocho de la carta a los Romanos, vemos cómo San Pablo entiende la intercesión como algo que pertenece al amor de Dios. Interceder significa cambiar el juicio por la misericordia. Y me explico: cambiar el juicio por la misericordia es renovar la alianza, la nueva y eterna alianza que Dios quiere hacer con el hombre. Cuando el Señor hizo alianza con el hombre, éste pecó y, por su pecado, se culpabilizó. Y esta culpabilidad ante Dios fue la que impidió que la alianza, el amor de Dios, se realizase de un modo profundo y total. Me estoy refiriendo a que todos somos hijos de Adán y, por tanto, hijos de la culpabilidad. A través de la historia de la Salvación todos los que han intercedido ante Dios por el hombre - Moisés, Isaías, Jeremías, nada digamos de Jesús- lo que siempre pedían es que Dios perdonase el pecado de su pueblo, porque en el fondo de la necesidad de este ministerio está el pecado: un polo de la intercesión está en Dios, que es la misericordia, pero el otro está en el pecado que engendra en el hombre cierta culpabilidad, cierto miedo, cierto deseo de encerrarse en sí mismo.

Por eso, en primer lugar, el ministerio de intercesión trata de ayudar a Adán a que se vaya desnudando ante Dios, que no se cubra detrás del árbol, que no se

oculte a la misericordia que Dios le ofrece a través de sus hermanos. Y este proceso de ayudar a desnudarse hay que hacerlo con una delicadeza suprema porque desnudar al hermano para que pueda acoger la misericordia de Dios es como desnudar a Jesucristo. Todos conocéis ese precioso cuadro que podemos contemplar en el Museo del Prado, que refleja la delicadeza de este ministerio: el descendimiento de la cruz de Van der Reyen. Si os fijáis veréis que los personajes que están tocando el cuerpo de Jesús lo hacen a través de un paño inmaculado y con una delicadeza infinita porque están tocando el cuerpo de Cristo herido y, para que muestren sus heridas, para que no tengan miedo a mostrarse ante la misericordia, hay que tener una sensibilidad y un cuidado supremos. Este es el primer paso del proceso de intercesión.

En segundo lugar, detrás de toda petición de intercesión está el pecado, como hemos dicho, y aquí hay un detalle muy importante que debéis saber. Puede ser que alguna vez os podáis encontrar con que habéis de enviar a los hermanos, antes o después de una breve oración, al sacramento de la reconciliación. El pecado sólo lo perdona Dios y únicamente a través del cauce que Él ha establecido en su Iglesia y que es el sacramento de la reconciliación. Cuando detectéis que no sólo hay heridas, que no sólo hay huellas que el pecado ha dejado, sino que hay pecado no confesado -no sentimiento, sino pecado- tenéis que saber conducir a la persona a este sacramento.

Si esto no está claro y no lo hacéis así, para muchas personas la intercesión se convierte en magia: “¡Como ya han orado por mí y me han impuesto las manos, ya no tengo problema, ya se me ha perdonado todo!...”. Yo he conocido a personas que han venido a que intercedieran por ellas llevando veinte o treinta años sin reconciliarse y, en este caso, por mucho que intercedáis es como querer abrillantar las hojas de un árbol cuando la raíz está podrida: no se sana nada. En el fondo la

intercesión siempre lleva a una reconciliación más profunda con Dios, siempre lleva a este sacramento. Por ello, es bueno que la intercesión se haga en lugares donde haya sacerdotes cerca para confesar porque muchos interceden y, como las personas quedan muy consoladas, piensan que todo está arreglado. Pero la gracia de las gracias, a la que hay que llevar a los hombres, es aquella que sana las raíces del propio ser. Y esta gracia no es otra que la reconciliación, que la del perdón. No hay otra. Si no detectáis que hay hermanos, que primero de todo necesitan este sacramento, igual estáis intercediendo para que el hombre viejo viva mejor, más consolado, pero no se construye el hombre nuevo que nace de la primera de las gracias: la reconciliación. Esto me gustaría que quedara muy grabado en vosotros que ejercéis el carisma de la intercesión porque la segunda palabra que define qué es la Iglesia es esta: “La Iglesia es una comunidad de personas que reconciliadas con Dios en Jesucristo viven la vida nueva”. La primera nota de un cristiano es vivir reconciliado y, a veces, las personas no acuden a confesarse porque si lo hacen saben que tienen que perdonar o cambiar de vida, o dejar esto o aquello... y van a la intercesión pensando que por esa puerta se pasa más fácilmente porque no afecta a lo profundo de su ser y su vida.

Interceder es cambiar el juicio por la misericordia, pero el juicio es el que hacemos sobre nosotros mismos sintiéndonos pecadores e indignos de esta misericordia. De ahí el hablarles de Dios como la misericordia, el presentarles a Jesucristo como el que ha venido a salvarnos de nuestros pecados, como el que acoge, como el que no juzga, como el que no condena..., porque muchos, cuando se acercan a la intercesión vienen ya juzgados, ya condenados. Por eso hay que cambiar el juicio que traen sobre sí mismos o sobre las personas que les ha herido, por la misericordia de Dios. Y este paso del juicio a la misericordia sólo sucede por la gracia de Dios.

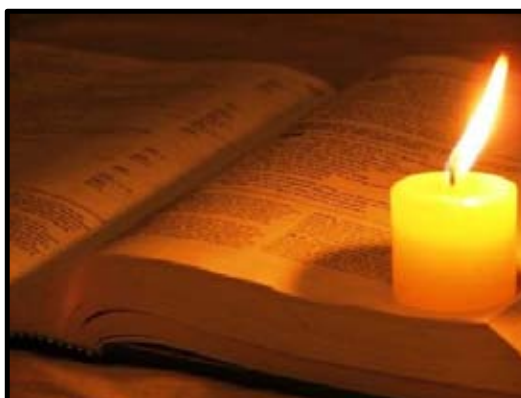
La tercera característica de este ministerio, es que los que interceden deben adquirir una actitud permanente de intercesión. Si cambiar el corazón de los hombres, que se juzgan a sí mismos y a los otros, es interceder, la actitud fundamental de vuestra oración personal y de toda vuestra vida es la de ser intercesores por vuestro pueblo: tenéis que adquirir, con la gracia de Dios, un corazón de intercesión que a toda hora esté latiendo por vuestros hermanos. Por eso, la intercesión a la vez que es una gracia para vuestro pueblo, es una gracia de crecimiento para vosotros que va cambiando también vuestro propio corazón. La intercesión va sanando también vuestras heridas y se convierte en una gracia inmensa para vosotros, vuestras familias vuestro entorno.

En cuarto lugar, la intercesión tiene un sentido profético. La intercesión la hicieron los grandes profetas del pueblo y, por supuesto, Jesús, el mayor de los profetas. Los profetas tenían dos misiones: una interceder por su pueblo a toda hora, la de levantar las manos a Dios continuamente por sus hermanos. Pero tenían una segunda misión: iluminarles desde la palabra de Dios, darles luz sobre su situación. Porque las heridas, como sabéis muy bien, nos ciegan, nos quitan la luz y el discernimiento. Si los intercesores tienen que acoger con amor para que los corazones se abran a la misericordia, si tienen que presentar las heridas para que el señor las sane, tienen también que iluminar la pobreza del hermano para que su camino sea distinto al que ahora ha seguido. Esa palabra de Dios que siempre en la intercesión se da, debe llevarnos a una meditación profunda, porque, a veces, se abre la escritura al azar y suceden cosas terribles y en vez de iluminar se culpabiliza y en vez de liberar se condena. El que viene a ser sanado oye esa palabra y se siente más juzgado y más condenado que cuando llegó. Y entonces se empieza a dar giros a la palabra y vueltas y más vueltas para que diga lo que no dice,

porque no se quiere herir al hermano. La palabra es Jesucristo, la misericordia y la luz es Jesucristo, ¡no olvidéis esto!, y si vosotros conocéis a Jesucristo tenéis que saber donde aparece Jesucristo como la palabra que necesita el hermano, como la palabra que tocará su corazón. Esto no es elegir nosotros la palabra e impedir que Dios lo haga. Esto es que conocemos profundamente a Jesucristo, que conocemos su palabra, y que como lo que buscamos es dar a Jesucristo a la persona por la que intercedemos, no le damos una sorpresa, no le damos un susto que en ocasiones puede recibir si abrimos la palabra sin más. El señor pondrá esa palabra en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Igual que no se puede abrir el sagrario por la buenas, sino que hay que tener una orden sacerdotal o una consagración, tampoco se debe abrir la palabra sin un conocimiento y una unción profunda de lo que es. Si a Jesucristo le conocemos, sabremos donde se manifiesta como respuesta para el problema del hermano y esa es la palabra que hay que darle para iluminar su vida. Mucha gente no ha vuelto a intercesión y ha abandonado incluso la Renovación porque se le ha hecho daño y ha salido culpabilizada y con miedo de una mala intercesión. Si interceder es cambiar el juicio por la misericordia y la gente sale herida... ¡imaginaos! No se ha ejercido bien este ministerio y eso es profanar una gracia tan enorme del señor como es la intercesión. Por eso yo os aconsejo que no abráis la palabra de Dios al azar: abrid el corazón de Jesucristo, al que conocéis a través de su palabra,

que conocéis. Si en alguna ocasión estáis perdidos y no viene a vuestro corazón una palabra, orad fuertemente antes de abrir la Escritura para que realmente sea del Señor, y discernirla antes de darla al hermano. Todo esto no significa que la palabra no sea a veces dura. Si es realmente del Señor, ya sea que ha llegado a vuestro corazón o hayáis abierto la Biblia, acabará siendo de una liberación y de una luz impresionante para la persona. Sed conscientes de que siempre, cuando estéis intercediendo, tenéis que tener un oído en el hermano y otro en Jesucristo. Cuando se escucha a Jesús se sabe de su corazón y de la palabra que va a iluminar esa vida y esa situación.

Y, por último hay otro detalle que tenemos que tener en cuenta: a veces se les puede dar a los hermanos, como palabra de Dios algo que sólo son consejos desde nuestra propia psicología. Hay que tener muchísimo cuidado con esto porque nuestra psicología puede estar tan herida como la de los que vienen a intercesión y nuestro inconsciente puede traicionarnos y lo que no nos diríamos a nosotros mismos es lo que acabamos diciendo a los hermanos. La psicología humana es muy compleja y por ello el discernimiento que implica la intercesión -porque en intercesión siempre hay que hacer un discernimiento- tiene que hacerse desde la palabra de Dios. En ocasiones podemos tender a decir: "Mira yo estaba en esta situación, y te digo que..." En otro contexto, y si el Señor nos lo da como testimonio, puede estar bien, pero tenemos tantas influencias dentro, tantas heridas, vemos tan poco, que a veces al dar una respuesta al hermano lo hacemos desde nuestra situación presente o pasada y aconsejar a otra persona desde mi psicología en el terreno de la intercesión y del plan del Señor sobre ella, puede resultar muy peligroso porque hacemos asumir al hermano nuestros propios sentimientos y, a veces, nuestra propia culpabilidad.



En resumen, ahondar en estas dos cosas: una, cómo Dios hace alianza con la pobreza de los hombres y cómo tiene poder para tocar su corazón para que así puedan acoger su misericordia. Y también, cómo utiliza a los intercesores para ayudarles a no tener miedo, a no desconfiar, a atreverse a desnudarse ante él. Y la segunda, cómo hay que iluminar la pobreza con la que el hermano viene, con la palabra de Dios para que en adelante su vida cambie. Si el Señor ha tocado sus heridas con su amor y le ha curado, no puede seguir viviendo desde ellas sino que tiene que comenzar una vida nueva.

Tenéis que profundizar y formaros en vuestro ministerio. La alianza de Dios con la pobreza del hombre y cómo prepara su corazón para acoger la misericordia es una parte de la Escritura que tendréis que orar y meditar en las reuniones del ministerio para que sean la guía de vuestro corazón para procurar hacer las cosas como las hace el propio Dios. Sobre el discernimiento para orientar una vida está muy estudiado en la Iglesia y debéis conocerlo. Lo mismo que a nosotros, cuando nos ordenan sacerdotes, nos dicen: “profundiza bien en lo que vas a hacer y hazlo como lo haría Jesús, el Señor”, eso mismo os digo a vosotros ahora: profundizad en el ministerio al que habéis sido llamados. Será una gracia de crecimiento maravillosa para vosotros, porque uno crece espiritualmente cuando ejerce el carisma al que el Señor le llama.

Como final deciros que entrar en este ministerio con todo vuestro ser significa que vuestra forma de orar es la intercesión, que la intercesión es vuestra forma de servir y, por lo tanto, vuestra forma de amar, porque Jesús identificó el servicio con el amor. La intercesión es vuestra forma de amar a este pueblo y, además, de incorporaros a la pasión de Cristo y a su plan de salvación y amor sobre los hombres. Y esto es muy serio. Cuando leáis en la escritura “intercesión”, debajo pondrá: “véase mediación”. Interceder es ser mediadores entre Dios y los

hombres, es incorporarnos a la pasión de Cristo y a su infinito amor por todos. Y cuando os incorpora el Señor a su pasión, a la gracia que nace de la cruz para los hombres, os está haciendo un regalo maravilloso: os está introduciendo en su propia cruz y, si os introduce en su cruz os introduce en su salvación. Porque ahí es donde está la salvación: no hemos encontrado ningún lugar de salvación más que la cruz de nuestro señor Jesucristo. Y la maravilla de que os introduzca en su cruz, en su pasión por los hombres y os haga como el cauce que nace de su propio corazón crucificado, es que os está haciendo eucaristía. Sabéis que la Eucaristía es el amor de la cruz de Jesús expresado en el pan y en el vino, en el cuerpo y en la sangre del Señor entregados a los hombres. Si os introduce en su pasión, os introduce en los frutos de su pasión, en el resultado de su pasión por los hombres que es la Eucaristía.

Como dice el texto de la Carta a los Romanos que hemos leído, la intercesión está dentro del proceso del amor infinito de Dios por los hombres, amor manifestado en plenitud en Jesucristo, el Señor. El amor de Jesucristo en la cruz quiere llegar a todos los hombres y os ha elegido como mediadores. Esto es inmenso, es una gracia

especialísima, porque estar en la cruz de Cristo es estar en la salvación, en la resurrección y en la vida, y es estar en la eucaristía que celebramos en nuestro pueblo ejerciendo como intercesores, como estoy yo ejerciendo el ministerio del sacerdocio. Exactamente igual. Y si os hacéis sensibles a esto, entonces vuestra vida puede dar un giro de 180° porque reconocer y experimentar que Jesucristo os ha unido a Él, os ha unido a su pasión y a los méritos de su pasión y os utiliza como instrumentos unidos a Él para que llegue directamente esa gracia de reconciliación y de sanación a los hombres es una forma de consagración impresionante.

Dice san Pablo: “Por lo demás sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman... -y me estoy refiriendo a vosotros- pues a los que de antemano conoció a esos los llamó a reproducir la imagen de su Hijo...” y aquí estáis y sabéis a que os ha llamado el Señor y qué quiere hacer a través de vosotros. Luego tendréis tiempo de orar y de adorar esta gracia, pero cuando se conoce empieza a entrarle a uno una especie de temor especial: -“¿yo, Señor?, ¿yo introducido en tu plan de salvación por los hombres?, ¿yo en tu cruz repartiendo la gracia de tu amor?”,



¿yo siendo tus manos, tus ojos, tu corazón?” Uno se estremece pero esta es la realidad del cuerpo de Cristo y aquí nos lleva la sensibilidad de nuestra fe. Sabemos que este ministerio se realiza en miembros débiles porque la misma cabeza, Jesús, se hizo débil y esto quita todo nuestro miedo. Porque cuando más débiles seáis para ejercer este ministerio y peor os sintáis más podrá pasar por vosotros el amor de Cristo, el poder de Dios. Es una experiencia que ya tenemos todos y que yo hoy os confirmo: cuando uno se siente pura inutilidad, ve la maravilla del poder de Dios actuando y pasando por uno, mientras que cuando uno se cree muy fuerte en sí mismo y muy seguro, es un cauce cegado por el que Dios no pasa.

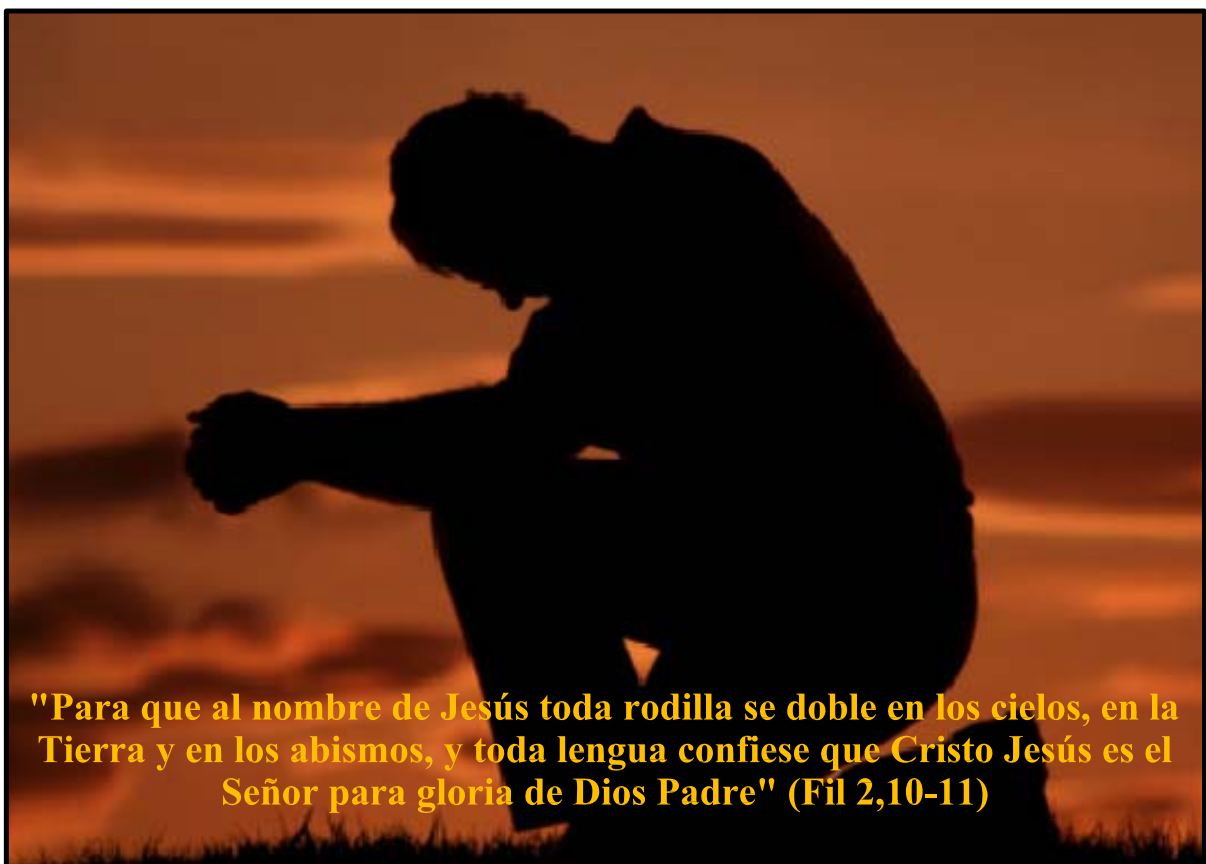
Cristo acoge hoy nuestra debilidad porque vino a asumir toda la pobreza de vuestra vida, y viéndoos pobres, viéndoos débiles, viéndoos heridos en muchas cosas, viéndoos impotentes para tantas circunstancias de la vida que os rodean, os elige. ¿Por qué? Por aquello que nos explica la carta a los Hebreos: que Jesús tuvo que hacerse débil y pobre para darnos

una palabra a todos los que lo somos, hacerse pecado par tener una palabra de consuelo con los que somos pecado, para que todos los pobres de la tierra pudiéramos sentirnos acogidos por Él (Cf Hb 2, 10 ss). A este misterio de pobreza os va a llevar el Señor, pero una pobreza tan amada y elegida que Él va a utilizar como cauce de su amor. Id aprendiendo lo que este ministerio es como elección de Dios sobre vosotros, id adentrándoos en el misterio de amor con que os ha llamado, id aceptando con humildad vuestra infinita pobreza que es lo que va a utilizar para llenar a todos los pobres que se acerquen a vosotros de su amor entrañable. Cuando esto vaya calando más y más en vuestro corazón os irá transformando cada vez más en imagen de Jesús y si no sucede así, será porque no estéis ejerciendo bien vuestro carisma. La palabra clave está no en entender, no en poder, sino en acoger. ¿Eres capaz de acoger y aceptar la infinita pobreza de tu vida para que Jesucristo se manifieste a través de ella a tus hermanos? Porque no se trata de ningún mérito personal, ni de tener ningún poder sino de acoger la pobreza necesaria para

que Jesucristo desde ti tenga una palabra de misericordia, de consuelo, de salud para sus hijos. Si sucede así, tendremos un Jesucristo más cercano a todos nosotros, un Jesucristo crecido, que intercede en nuestra comunidad por los más pobres de los pobres. Y lo tendremos en nuestro cuerpo de carne porque en Él y desde Él va a realizar el Señor este ministerio. Yo cuando me ordené pensaba que el ejercicio del sacerdocio y de los carismas en la Iglesia era algo así como una teoría espiritual. Pues, no: en nuestro cuerpo de carne sucede la gracia. Tú eres una mediación: pasa por ti Cristo a los hombres, y los hombres a Cristo por ti, y este cauce que tú eres, el Señor lo va limpiando, liberando, sanando, sacando de su egoísmo y dándole una santidad y una vida nueva preciosas.

Pues, para que el Señor pueda realizar la maravilla que quiere hacer en vosotros, le pido que ponga en vuestros labios la palabra de todos los profetas: “Heme aquí, Señor, heme aquí. Yo no soy nada ni tengo nada, pero heme aquí”

¡Gloria al Señor!



"Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la Tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre" (Fil 2,10-11)

Queridos hermanos: Soy Concha del grupo de Santa María de Caná y quiero contaros mi experiencia en el Encuentro Nacional de este año como servidora en el ministerio de orden.

Varios años he servido en los encuentros, pero este año esperaba pasar un encuentro en la intimidad tumultuosa del ministerio del "bulto". Parece que no era el plan del Señor. Un hermano servidor de la regional me llamó para coordinar el ministerio de orden, me quedé un poco "fastidiada"... mi pobreza se manifiesta constantemente, olvidando que servir al Señor en los hermanos es un privilegio, no una carga. Le dije que lo tenía que orar "Ya lo hemos orado nosotros" me dijo, aun así hice mi oración en la adoración ante el Santísimo Sacramento. Obviamente mi respuesta fue si (si no, no estaría escribiendo esto ja, ja).



Este testimonio, más que para expresar mis sentimientos o mis vivencias, en la ayuda en la organización de la asamblea, está más en como Dios logró, que superara mi egoísmo y mi falta de compromiso inicial, para hacerlo.

Mi mujer y yo, teníamos previsto asistir a la asamblea, pero de forma autónoma. Y así encontrar todo organizado y sentarnos en la butaca y disfrutar intensamente del momento sin que nada lo perturbe. Pero sucedió que días antes, Concha, nos llamo para ver si podíamos ser voluntarios y ayudar en el servicio de orden. Ello implicaba renunciar a esa comodidad prevista y eso claro esta !no me apetecía nada! Además podía tener la excusa perfecta puesto que tenía compromisos familiares ese fin de semana y eso me auto justificaría en la negativa.

Él siempre cuenta con nosotros, incluso en los momentos en los que nosotros no contamos con Él. Se necesitaban diecinueve personas para el servicio. Contábamos con la ventaja del ofrecimiento de cinco hermanos de Murcia y Barcelona, hermanos que me podrían dar "clases" de servicio, alguno de ellos con muchos años en la Renovación Carismática, pero con la ilusión del primer amor. A los hermanos de Villafranca y Pozuelo solo les dije "Me han encargado la coordinación del ministerio de orden y me gustaría que estuviera en él, rézalo... regúntale al Señor" y no esperaba respuesta, pues eran ellos mismos los que tendrían que arreglárselas con el Señor. En pocos días me fueron contestando e incluso de las personas que no esperaba, siempre era un SI.



Pero mientras pasaban los días, El Señor me iba mostrando cada día la necesidad que tenía de asumir este compromiso y ayudar a la comunidad. Fue en la reunión en que Concha nos convoco para organizar los grupos, y al ver claramente el esfuerzo y el interés mostrado por estos hermanos, cuando percibí claramente la necesidad de contribuir a ello con mi granito de arena.

Solo puedo decir que donde mi compromiso en un principio se limitaba a colaborar medio día, acabo siendo del fin de semana completo. Y a partir de ahí ¡que mas puedo decir! Pues que a pesar de haberme perdido algunas enseñanzas y no haber podido vivir con intensidad toda la asamblea, lo cierto es que quedo muy compensado y en exceso, con la convicción de que Dios nos había puesto a cada uno donde quería que estuviéramos.

El Espíritu Santo actúa, intercede siempre, siempre, incluso y sobre todo en lo que nosotros no confiamos.

Tengo que dar gracias constantemente al Señor Jesús por muchas cosas que acontecen en mi vida desde que me he encontrado con Él vivo y resucitado. Hoy también quiero darle las gracias por estos maravillosos hermanos en el ministerio de orden, porque el entusiasmo, las ganas, la disponibilidad, la sencillez, la humildad, la ilusión de cada uno de ellos me ha enseñado mucho y me ha acercado mucho más a mi Señor. Un abrazo

Concha Sanchez
Grupo Santa Maria de Caná

Y no debemos olvidar nunca, que la comunidad y los hermanos, son los que un día tras otro, nos permiten poder seguir creciendo en nuestra vida espiritual y personal, y son nuestro apoyo y nuestro aliento en momentos de debilidad. El ayudar y el dar al prójimo, debe estar siempre en el centro de nuestra vida y el compromiso reciproco con los que nos rodean. Y SIEMPRE, SIEMPRE, Dios nos muestra que recibimos muchísimo más de lo que damos. ¡Gloria al Señor!

Manuel de Gregorio
Grupo María Reina



Nancy Keller

P. Rubén Inocencio González

Del grupo Asunción de Nuestra Señora de Torreldones

Quiero comenzar mi testimonio con las palabras del magníficat de la Virgen porque son las que resumen el paso salvador del Señor Resucitado en mi vida. Nací un 30 de julio de 1979 en una familia marcada con la cruz. Mi madre estaba enferma de esclerosis múltiple cerebral, una enfermedad degenerativa que 13 años después la llevó a la Casa del Padre.

Esta situación me afectó de tal manera que no pude tener una vida “normal”. Las consecuencias dentro de mi corazón fueron el vacío y la inseguridad que me llevaron a construir la vida desde mí mismo, convirtiendo el amor en una conquista y no tanto en un regalo. Mi valor eran mis cualidades y mis virtudes que a la vez se iban convirtiendo en una armadura que ocultaba y me protegía de mi propia fragilidad. “Gracia y gratuidad” son palabras que cada vez se me fueron haciendo más lejanas aunque, al mismo tiempo, sin darme cuenta, Dios me hacía vivir de su mano providente.

Sí. Yo no lo veía en aquel momento, pero mi historia el Señor la construía desde una misericordia y un amor infinitos. ¿De qué manera?

Ya desde muy pequeño todo lo que tenía que ver con Dios me llamaba la atención y a los 8 años surgió por primera vez (y hasta el día de hoy inclusive) el deseo de ser sacerdote. Y Jesús me hizo dos regalos con los que orientó mi vocación: la Eucaristía y María. Él me estaba salvando. Sin ser consciente ni tener los ojos con la luz para ver su paso poderoso, el Buen Pastor me estaba llevando, sobre sus hombros, como una oveja frágil y herida. Lo humano fallaba, pero Dios estaba.

Ahora bien, mientras que mi relación con el Señor iba creciendo también me encontraba con un muro infranqueable, que también se iba

desarrollando: mi debilidad y mi pobreza. Quería ser perfecto y no lo era. Mis pecados venían acompañados de culpabilidad hasta el punto de convertirme en “mi peor enemigo”. La única manera de tener un poco de paz era confesándome, hasta volver a caer y entrar de nuevo en un sentimiento de angustia. En el fondo, yo sabía que Dios es verdad, pero en mi corazón yo le tenía miedo...no era un hijo sino un esclavo. Nunca permitió que me separara de Él aunque siempre me encontraba en conflicto con mi pobreza y con el miedo a ofenderle. En todos estos años, sólo la imagen materna de María traía consuelo y esperanza a mi corazón.

Entrando en el Seminario para la formación sacerdotal, recuerdo que llegó un momento en que pronuncié esta frase, después de acabar unos Ejercicios Espirituales: Estoy condenado a creer. Sé que Dios es verdad, ahora bien, algo debía fallar en mi fe cuando era más un peso que una liberación. Sentía como si el Amor de Jesucristo fuera para los demás y no para mí. Aquí empezó el cambio en mi vida, en el que fue necesario que el Señor me quebrara, como la vasija del alfarero del profeta Jeremías. Empecé una etapa en la que sentía dentro de mí un dolor profundo y una tristeza grandes (aunque hacía fuera no se notaba). Me sentía pequeño y frágil. Había llegado la hora de ponerme ante Jesús como un iniciado, como un discípulo que no sabe, y quiere descubrir a su Maestro y descubrirse a sí mismo.

En este camino, un libro que me ayudó mucho fue “El Regreso del hijo pródigo” de Henry Nowen. Por una parte, me ayudó a entender cómo Jesús se había hecho “hijo pródigo” por mí. Por otra parte, empecé a acoger la Paternidad de Dios, que me recibe como hijo a m a d o , g r a t u i t a e incondicionalmente. También, siguiendo a los personajes de la parábola, me sentí identificado con el



hijo mayor, que viviendo en casa del padre, no era hijo sino siervo.

Quizá el momento más fuerte de la transformación que el Señor realizó en mí vino con la lectura de la vida de Pedro Reyero, escrita por Chus Villarroel. Me sentí profundamente identificado con él. Su testimonio parece que iba describiendo perfectamente lo que a mí me pasaba, aportándome poco a poco la esperanza del cambio, no desde mis fuerzas, sino en el poder del Espíritu Santo.

A lo largo de mi historia, como he mencionado anteriormente, Jesús me había regalado una atracción fuerte hacia la Eucaristía y María. Pero faltaba incorporar Pentecostés en mi vida. La norma, la obligación, el “tener que” iba siendo sustituido por la experiencia de la gratuidad y del regalo. ¡Ser querido en debilidad y pobreza! Por primera vez el amor iba entrando en mi corazón, como si se fuera abriendo una brecha a través de la cual, poco a poco, mi desierto iba siendo regado y empezaba a brotar una alegría desconocida por mí.

Unido a todo esto, cambió también mi forma de mirar y sentir a los demás.

Yo era alguien muy querido, pero el amor de los otros me resbalaba porque en mi interior era incapaz de creer que pudiera ser valorado en toda mi realidad, también en lo pobre. Hasta que ante Jesús no fui aceptándome a mí mismo tampoco pude creer en el amor de los demás. Y así fue sucediendo el milagro de la amistad.

Creer de corazón en el amor de Dios por mí, me permitió también abrazar a los demás tal como son. Me hizo sentirme cómodo entre los débiles e imperfectos, como yo, porque aprendí a creer y a ver con mis propios ojos que la fuerza se realiza en la debilidad.

Así, el Señor me fue acercando a la Renovación Carismática, hasta que finalmente, el año pasado realice el “Seminario de Iniciación a la vida en el Espíritu” en Maranatha. Todavía recuerdo el primer día que llegué al grupo, (tarde, como siempre). Entré en aquella sala grande, con el cuadro de la Virgen al fondo y me sentí como en casa. Todo lo que Dios me fue enseñando en los años anteriores sobre la Iglesia y la vida cristiana lo percibí en esos días en vivo y en directo.

En este año, se ha formado un grupo de Renovación en mi parroquia, a través del cual el Señor

sigue abriendo mis ojos ciegos, para verle.

El camino continúa. Sigo siendo discípulo y no quiero dejar de serlo. Fui pobre, soy pobre y seré pobre. En el fondo de mi corazón me sigo sintiendo como un niño que busca y necesita el cobijo y el abrazo. Sí, ese es mi lugar. Así podré estar y caber en los brazos de María, y escuchar desde dentro de mí su cántico, que también es el mío:

PROCLAMA MI ALMA LA
GRANDEZA DEL SEÑOR.

P. Rubén Inocencio González
Del grupo Asunción de Nuestra
Señora de Torreldones

NOTICIAS

ZONA NORTE:

RETIRO DE VIZCAYA: Días 14 y 15 de Enero del 2011

LUGAR: Begoña

Predica: P. CHUS VILLARROEL

RETIRO REGIONAL: Días 4, 5 y 6 de Marzo del 2011

LUGAR: Loyola

(Estos dos retiros tienen las plazas muy limitadas)

ZONA CENTRO:

RETIRO REGIONAL: Día 26 de Marzo del 2011

Predica: P. DONATO

ZONA CATALUÑA:

ENCUENTRO DE CATALUÑA: Días 22 y 23 de Enero del 2011

Presidido por: MANOLO TERCERO

SEMANA SANTA 2011

ORGANIZA: Grupo de la Bonanova de Barcelona

Lugar: Arbúcies (Girona)

(Comienza el jueves por la tarde y termina el domingo por la mañana.)

ENCUENTRO DE PENTECOSTES: Día 11 ó 12 de junio

SEMANA DE ORACIÓN: Días 15 - 20 de Agosto

LUGAR: Arbúcies (Girona)

Por MANOLO TERCERO

A TU SERVICIO:



Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico gratis.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Queremos recordaros también que en las direcciones que aparecen debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Tu equipo de servidores de la Coordinadora Regional de la Zona Centro:
Cristina Cano, Herminia Cuesta, Dori Fernández, Pablo Hernández, Miguel Iñiguez
Mamen Macías y Dolores Ordaz

renovacionzonacentro@gmail.com

EL EQUIPO DE SERVIDORES DE LA COORDINADORA

REGIONAL DE LA ZONA CENTRO

OS DESEAMOS:



FELIZ AÑO 2011